



En los límites de Ucrania

**SALOMÓN
CHERTORIVSKI W.***

Tomar un tren en Polonia siempre tendrá un significado muy fuerte para un mexicano de ascendencia judía, y más para uno que puede rastrear parte de sus orígenes a ese país. A principios del siglo 20, mi familia materna –los Woldenberg– vivía en Varsovia, en Cracovia y en otro poblado llamado Pinsk, en lo que hoy es Bielorrusia. Mis tres bisabuelos maternos y mi abuelo Salomón Woldenberg lograron llegar a México entre 1926 y 1927, huyendo de los pogroms y del clima de creciente antisemitismo. El resto de los parientes no gozó de tanta fortuna: quienes se quedaron ahí hubieron de abordar trenes de la muerte –ya reales, ya metafóricos– para morir asesinados en el genocidio nazi.

Pero aquí estoy, en Varsovia, abordando un tren como parte de la comisión de legisladores mexicanos que busca tender puentes con esta región del mundo de cara a la artera invasión rusa de Ucrania, que es a donde ahora nos dirigimos a invitación del Parlamento.

Polonia no es hoy un paraíso: gobernada por una derecha populista que basara su campaña en una agenda restrictiva de las libertades y notoriamente homófoba, acusa no pocas manifestaciones de autoritarismo: para muestra, el partido en el poder ha tratado de silenciar a TVN, la más importante de las televisoras independientes, y la más crítica de sus políticas. Sin, embargo, y como apuntara yo en la entrega de ayer, ante un conflicto de la magnitud del que vive hoy Europa oriental, hay unidad no sólo entre los ciudadanos

sino entre los partidos. Varsovia, además, es una ciudad de una limpieza y una pulcritud impresionantes, en donde no se respira –al menos no aún– el ambiente triste y acre de la guerra.

Así, no sorprende que el tren polaco que nos lleva a Chelm –la ciudad a 25 kilómetros de Ucrania por donde habremos de cruzar la frontera– aparezca indistinguible de trenes europeos: perfectamente pintado, los asientos recién tapizados, conexión USB e internet gratis. En nuestra primera parada, sin embargo, habremos de cambiar de tren para abordar uno mucho más viejo: las paredes pintadas de un blanco amarillado por el uso, la tapicería azul exigua y raída. Se respira pesadumbre, austeridad, el deterioro de un país claramente empobrecido.

Hablamos con pocas personas, pues casi nadie entiende inglés, y menos español. Pero el dolor no precisa de lenguaje verbal para comunicarse: basta ver los rostros adustos. Por fortuna mi compañera de asiento sí habla algunas palabras de inglés, pues regresa del Reino Unido, donde –me cuenta– ha ido a visitar a su hija, que ha emigrado ahí; su decisión de volver a Kiev obedece a la necesidad de cuidar lo que ahí ha dejado. Comienza, pues, una repatriación de emigrados, pero una marcada por la preocupación, por el miedo.

La mayoría de los pasajeros son mujeres y niños, muchos de los cuales intentan improvisar una cotidianidad en el tren. Se recuestan donde pueden, se quitan los zapatos. Los adultos tratan de dormir. Los niños se entre-

tienen con un juguete o un celular. Uno, de unos 8 años, se quita la camiseta: el tren ha llegado a la frontera, se ha detenido y, aunque afuera hace frío, el calor aquí dentro es insostenible.

En la frontera –en los límites–, sube al tren un grupo de mujeres militares. No nos hacen preguntas pero revisan nuestra documentación con minucia. El proceso toma más de una hora en ese calor. Por fin arrancamos.

Pasaremos recorriendo territorio ucraniano toda la noche, aunque podría ser más: nos advierten que el tren podría tener paradas no programadas por amenaza de bombardeos. Trato de distraerme caminando por los estrechos pasillos y veo a una mujer que lee el Eichmann en Jerusalén de Hannah Arendt. Entiende un poco de español. Pregunta sorprendida por qué vamos allá, y por un momento ignoro si se refiere a nuestro grupo de cuatro mexicanos o a todos los pasajeros del tren.

En cualquier caso, y por desgracia, imagino que en ese estudio sobre la banalidad del mal terminará por encontrar la respuesta que busca.

*Diputado
de Movimiento Ciudadano



■ Diputados mexicanos se dirigieron vía tren a Kiev, capital de Ucrania, para conocer de cerca la situación de la invasión rusa.